

TERAPÉUTICA DE LA FILARGIRIA Y LA PLEONEXÍA: LA NO POSESIÓN Y LA LIMOSNA

La filargiria y la pleonexía, como hemos visto, poseen como característica fundamental el ser insaciables. Mientras que el cuerpo impone ciertos límites a los deseos que subyacen a la gastrimargía y a la lujuria, el deseo que está en la base de la filargiria y de la pleonexía se acrecienta a medida que es satisfecho, y estas pasiones se vuelven tanto más difíciles de curar cuanto más se las ha dejado desarrollarse. Por eso los Padres, antes de considerar los remedios que se les pueden aplicar, invitan a una rigurosa profilaxis. De esta manera, san Juan Crisóstomo dice: «Os exhorto a cortar este mal desde el principio. Igual que la fiebre, cuando empieza, no procura una sed muy ardiente, pero cuando ha aumentado y encendido el fuego, causa una sed que ya no puede apagarse, de modo que ni la bebida más abundante podría saciarla y no hace sino atizar la hoguera, así ocurre en esta pasión: si no la arrancamos desde el principio, si no le cerramos la puerta de nuestra alma, una vez entrada nos traerá una enfermedad que ya no se podrá curar... Suplico, pues, a quienes aún no conocen esta enfermedad, que se protejan de ella». San Juan Casiano hace notar que, si conviene proceder así frente a todas las pasiones, esto se impone todavía más en el caso de la filargiria: «En la misma medida en que podemos fácilmente mantenernos en guardia contra [esta enfermedad] y rechazarla, así también, si por negligencia, la dejamos entrar en el corazón, se vuelve más peligrosa que todas las demás enfermedades y más difícil de rechazar»¹.

Sin embargo, aquellos en quienes estas pasiones se han desarrollado ya, no deben desesperar de su curación. Este es el primer principio de la terapéutica: «A quienes están afectados [por esta enfermedad], si quieren tomar a la razón como médico, les prometo grandes posibilidades de salvarse por la gracia de Dios», añade san Juan Crisóstomo

1. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre 1 Corintios*, XI, 4-5; Juan Casiano, *Instituciones cenobíticas*, VI, 2 (cf. VI, 21).

a las consideraciones antes citadas, invitando a sus oyentes a meditar el ejemplo, proporcionado por las Santas Escrituras, de todos «los que habían caído en el mal y se han curado de él». Pero, para que esta esperanza se cumpla, conviene aplicar cierto número de medios terapéuticos precisos. Por eso san Juan Crisóstomo propone «prescribir una regla detallada, siguiendo el uso de los médicos»².

Para empezar, es necesario que aquel que quiere curarse de la filargiria y de la pleonexia conozca bien estas pasiones y sus efectos nefastos, constituyendo este conocimiento el primer elemento de la terapéutica. Por esto, los Padres tienen cuidado de que la prescripción de los remedios vaya precedida de una minuciosa nosología. San Juan Clímaco introduce así el capítulo de la *Escala* que les está consagrada: «Digamos primero algunas palabras acerca de la enfermedad, y a continuación trataremos de los remedios que la curan». San Juan Crisóstomo dice más explícitamente a propósito de la filargiria: «¡Qué locura! ¡Qué enfermedad! Pero diremos que no se trata solo de acusar a los enfermos, sino de curarlos de su pasión. Y cómo curarlos sino mostrándoles que su pasión es innoble y entraña males incalculables». Él mismo apunta en otro lugar que el enfermo necesita «no solo pensar en quienes se han curado del mal, sino también en los sufrimientos de quienes han perseverado en él». Y Juan Casiano escribe en el capítulo de las *Instituciones cenobíticas* dedicado a la filargiria: «Si no se han expuesto primero las formas variadas de una enfermedad, si no se han descrito su origen y sus causas, no se podrá aplicar a los enfermos el tratamiento adecuado ni permitir a los sanos conservar su buena salud. Los antiguos, que poseen una gran experiencia de este género de caídas, acostumbran exponer esto en sus tratados... Muy a menudo reconocíamos muchos elementos de estas pasiones en nosotros mientras los ancianos las exponían por completo, como si ellos mismos estuvieran turbados por ellas, y, sin tener que sonrojarnos de vergüenza, nos curábamos sin decir nada, aprendiendo los remedios y a la vez las causas de los vicios que nos minaban»³. Al tomar conciencia de la nocividad de su enfermedad, el enfermo se ve conducido a separarse claramente de ella y a buscar ardientemente su curación; adquiriendo un conocimiento profundo, ya no ignora nada de sus mecanismos y se halla mejor armado para combatirla.

La terapéutica de la filargiria y de la pleonexia supone, en segundo lugar, una toma de conciencia de la vanidad de los objetos que persiguen. Es preciso —dice san Juan Crisóstomo— «comprender la falta de valor de las cosas, saber que la riqueza es un esclavo fugitivo e ingrato,

2. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre 1 Corintios*, XI, 5.

3. Juan Clímaco, *Escala*, XVI, 1; Juan Crisóstomo, *Homilias sobre 1 Corintios*, XXIII, 5; XI, 5; Juan Casiano, *Instituciones cenobíticas*, VII, 13.

que sume a sus poseedores en multitud de males». Hay que reconocer –como hace notar san Simeón el Nuevo Teólogo– «que todo es una sombra y que de las cosas visibles todo pasa», y que es ridículo «divertirse con una sombra y atesorar lo que huye» como un niño que saca agua de un pozo con un cubo roto⁴. El carácter pasajero de la existencia humana, la muerte que le pone un término, acaban por volver vanas las posesiones materiales más duraderas⁵. Por otra parte, el apóstol invoca la huida y la brevedad del tiempo y, por consiguiente, el carácter no permanente de todo lo que está condicionado por él, para invitar a desasirse de los bienes de este mundo: «Os lo digo, hermanos: el tiempo es breve; así, que los que compren vivan como si no poseyeran; los que usen de este mundo, como si no usaran verdaderamente de él. Pues la figura de este mundo pasa» (1 Cor 7, 29.31).

Para poner fin a la filargiria y a la pleonexía, es necesario, en tercer lugar, que el hombre se esfuerce por contentarse con lo que posee, pues esta actitud le permite hacer frente a estas dos pasiones, que lo empujan por el contrario a poseer o a adquirir más de lo que necesita. Así pues, aconseja san Pablo: «Que vuestra conducta esté exenta de filargiria, contentándoos con lo que tenéis ahora; pues Dios mismo dijo: ‘No te dejaré ni te abandonaré’» (Heb 13, 5).

El apóstol indica así que una cuarta condición de la victoria sobre la filargiria y la pleonexía es la adquisición de una fe sólida en Dios. Lo afirma explícitamente san Juan Clímaco: «Una fe inquebrantable corta de raíz cualquier preocupación»⁶.

Hemos visto que en la base de las dos pasiones está la inquietud del hombre frente a un futuro que no conoce ni controla, y el intento de asegurar de algún modo este futuro mediante la conservación o la acumulación de bienes materiales, de manera que el hombre confía en sus riquezas en lugar de esperar la ayuda de Dios. Para poder curarse de estas pasiones es indispensable que el hombre, tras tomar conciencia de la imposibilidad de encontrar una garantía verdadera en los bienes materiales, vuelva a poner su confianza y su esperanza en Dios y, en consecuencia, dedique sus energías a acceder a su Reino, a adquirir, en lugar de unas riquezas materiales vanas y pasajeras, las riquezas espirituales duraderas y seguras que Dios da a quienes se dirigen a Él. Cristo mismo lo enseña: «No os preocupéis por vuestra vida, qué comeréis, ni por vuestro cuerpo, con qué os vestiréis... ¿Quién de vosotros, a fuerza de preocuparse, puede añadir un codo a la duración de su vida?... Así

4. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre 1 Corintios*, XI, 5; Simeón el Nuevo Teólogo, *Catequesis*, XIX, 140-143.

5. Cf. Juan Crisóstomo, *Comentario a san Juan*, LV, 3.

6. Juan Clímaco, *Escala*, XVI, 23.

que no os preocupéis, diciendo: ¿Qué comeremos, qué beberemos? Pues son los paganos los que buscan todas esas cosas. Vuestro Padre celestial sabe que las necesitáis. Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo eso se os dará por añadidura» (Mt 6, 25-33). «No amaséis tesoros en la tierra, donde la polilla y la herrumbre los destruyen, y donde los ladrones perforan y roban» (Mt 6, 19-20). En esta perspectiva san Juan Crisóstomo aconseja: «Encomendémonos en todo [a nuestro Maestro] y no nos dejemos torturar por las preocupaciones de esta vida»; «si damos prioridad a los bienes espirituales, no nos apurarán los bienes materiales, pues Dios nos los concederá»⁷; «tendamos con todo nuestro espíritu al deseo de los bienes espirituales y consideremos todo lo demás secundario respecto al gozo de los bienes futuros, a fin de recibir en abundancia los bienes presentes, los de la promesa»⁸.

El hombre puede constatar, además, que cuanto más se apega a los bienes espirituales, más adquiere respecto a los bienes sensibles una de las virtudes opuestas a la filargiria y a la pleonexía: el desapego. «El que ha gustado de las cosas de arriba desprecia fácilmente las de abajo», observa san Juan Clímaco, que escribe también: «Un pequeño fuego basta para quemar mucha madera; y con ayuda de una sola virtud escapamos a todas las pasiones que acabamos de decir. Esta virtud se llama desapego y es engendrada por la experiencia y el gusto de Dios»⁹.

Para apegarse a los bienes espirituales el hombre debe empezar por tomar conciencia de que existen «otra belleza, otras riquezas, otros gozos superiores», «unas riquezas verdaderas que procuran un gozo inmortal»; de que no hay ninguna riqueza superior a la gloria y al Reino de Dios, ni que merezca ser preferida a ellos¹⁰. Pero esta toma de conciencia no es realmente posible, como indica san Juan Clímaco, más que por una experiencia de las realidades espirituales a la que el hombre no puede acceder más que si deja de llevar una vida enteramente carnal y se une a Dios con el amor y la práctica de los mandamientos. El «gusto de Dios» —como dice tan concretamente san Juan Clímaco— es lo único que permite calcular, por comparación con los bienes divinos, el poco valor de los «bienes» sensibles.

El hecho de que el desapego de los bienes sensibles sea correlativo del apego a los bienes espirituales, y viceversa, se explica, como hemos subrayado en numerosas ocasiones, por la imposibilidad de que el deseo se dirija simultáneamente a dos «objetos» antagonistas, como Cristo mis-

7. Juan Crisóstomo, *Catequesis bautismales*, VIII, 19.

8. Juan Crisóstomo, *Catequesis bautismales*, VIII, 24.

9. Juan Clímaco, *Escala*, XVI, 17; 26.

10. Juan Crisóstomo, *Homilía sobre 1 Corintios*, XXIII, 5; XI, 5; Simeón el Nuevo Teólogo, *Tratados éticos*, III, 662-668.

no enseña a propósito precisamente de la filargiria: «Nadie puede servir a dos señores. Pues odiará a uno y amará al otro, o se apegará a uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a Mamón» (Mt 6, 24; en arameo, *mâmôn* significa «riqueza»). Y se comprende así que el hombre no puede apegarse a Dios mientras se apega a las riquezas materiales, lo cual nos recuerda que el objetivo de la terapéutica de la filargiria y la pleonexía es permitir al hombre unirse a Dios, amarlo con toda su inteligencia, con toda su alma y con todas sus fuerzas, liberar todas sus facultades de su apego a las riquezas sensibles para que puedan consagrarse a Dios, según su finalidad natural. La situación espiritual del hombre entero y su destino dependen del tipo de riquezas que desea adquirir y a las que se apega; la cuestión fundamental aquí es saber si amasa «tesoros en la tierra» o «tesoros en el cielo», pues dice Cristo: «Donde está tu tesoro, allí también estará tu corazón» (Mt 6, 19-21).

La curación de la filargiria y de la pleonexía implica, como vemos, una conversión del deseo, un giro de la facultad de deseo y de la potencia de amor del hombre desde las riquezas de este mundo hacia Dios y los bienes espirituales. ¿Cómo curarse de la filargiria y de la pleonexía? «Lo haréis –responde san Juan Crisóstomo–, si sustituís este amor [al dinero] por otro amor, el deseo de las cosas del cielo»¹¹.

Por esta conversión, las pasiones de la filargiria y de la pleonexía se sustituyen por las virtudes opuestas de no posesión y de limosna.

1. LA NO POSESIÓN

Puesto que la filargiria es un apego al dinero y más en general a los bienes materiales que se poseen, y que la pleonexía muestra el mismo apego en el deseo de poseer más, las virtudes que se les oponen inmediatamente y permiten más directamente escapar de ellas son por naturaleza la no posesión y la no adquisición. Significan el rechazo voluntario de poseer y de adquirir cualquier cosa, a excepción de lo que es estrictamente indispensable para vivir¹².

La no posesión (*ἀκτημοσύνη*) se practica dentro del monacato en su sentido más inmediato y se identifica con la pobreza material. Pero es indispensable en todos los casos que constituya simultáneamente una disposición interior, una actitud espiritual respecto a los bienes materiales. No consiste solo en no tenerlos, pues ya hemos visto al examinar las dos pasiones que un rico puede estar exento de ellas y un pobre albergarlas.

11. Juan Crisóstomo, *Comentario a san Mateo*, IX, 6.

12. Cf., por ejemplo, Juan Casiano, *Instituciones cenobíticas*, VII, 21; 29; Isaac de Nínive, *Discursos ascéticos*, 33; Juan Crisóstomo, *Homilias sobre 2 Corintios*, XX, 1.

Se puede no tener nada y estar atormentado por el espíritu de posesión y, a la inversa, su puede tener sin poseer, es decir, sin estar apegado a lo que se tiene. Como actitud espiritual de desapego respecto a lo que se posee, la no posesión tiene también un sentido fuera del marco monástico, que evoca san Pablo cuando aconseja a los que viven en el mundo: «Que los que compran vivan como si no poseyeran, y los que usan de este mundo como si no lo hicieran» (1 Cor 7, 30-31). No obstante, sigue siendo cierto que esta virtud no puede alcanzar su perfección sino haciéndose concreta, según enseña el mismo Cristo: «Si quieres ser perfecto, ve, vende lo que posees y dáselo a los pobres» (Mt 19, 21).

La no posesión se manifiesta interiormente como ausencia de preocupación por los bienes materiales. «La no posesión –escribe san Juan Clímaco– es el abandono de todo cuidado [por las cosas de este mundo], la liberación de todas las inquietudes de la vida»¹³. Y es obvio que esta ausencia de preocupación y de cuidado solo puede alcanzarla aquel que ha renunciado en concreto a toda posesión y adquisición.

Para vencer la filargiria y la pleonexía y adquirir la virtud de la no posesión, es fundamental atacar la causa misma del mal, eliminando del alma, desde su primera manifestación, cualquier deseo de posesión, como enseña Juan Casiano: «No solo hay que evitar poseer dinero, sino arrancar completamente del alma el deseo de ello. Pues no hay que evitar tanto los efectos de la filargiria, como suprimir de raíz la tendencia a la filargiria; no serviría de nada que no poseyéramos dinero, si tuviéramos el deseo de poseerlo; «pues incluso quien no posee dinero puede ser filárgico y no sacar ningún provecho de su privación, si no ha sido capaz de eliminar la codicia»¹⁴. Dado que se caracteriza por la ausencia de todo deseo, de todo pensamiento o de toda imaginación relativos a la posesión o la adquisición de riquezas materiales, la virtud de la no posesión aparece como un elemento de la virtud fundamental que es la «pobreza espiritual» (cf. Mt 5, 3), que consiste más en general en la privación de todo pensamiento apasionado, cualquiera que sea.

2. LA LIMOSNA

Hemos visto que la filargiria y la pleonexía constituyen una apropiación egoísta de las riquezas que va en detrimento del prójimo, y que instauran un estado anormal por cuanto contradicen la igualdad querida por Dios en el reparto de las riquezas en razón de la igualdad fundamental de todos los hombres. Mientras que el dinero y los bienes mate-

13. Juan Clímaco, *Escala*, XVI, 11.

14. Juan Casiano, *Instituciones cenobíticas*, VII, 21; 22.

riales deben normalmente servir para satisfacer las necesidades esenciales del hombre, en las pasiones de la filargiria y la pleonexía éste pervierte su función, confiriéndoles un valor en sí mismos y haciendo que sirvan para su propio disfrute. El hombre deja así de considerar a su prójimo, rechaza a quien comparte su naturaleza y rechaza –como dice san Juan Crisóstomo– asociarse con él. La filargiria y la pleonexía contradicen de este modo, y de otras muchas maneras, la caridad.

Por eso la caridad aparece como uno de los principales remedios contra estas dos pasiones, bajo una de sus formas que se les opone específicamente: la limosna. En efecto, la caridad desprecia la riqueza y la destruye, porque es amor a Dios y al prójimo, y este amor es inconciliable con el amor a las riquezas y lo excluye. Por consiguiente, Abba Isaías aconseja: «Amemos la caridad para con los pobres, a fin de que ella nos salve de la filargiria»¹⁵.

La virtud de la limosna (ἐλεημοσύνη), recomendada por Cristo en numerosas ocasiones (Mt 5, 42; 6, 2; 10, 18; 19, 21; Lc 3, 11; 6, 30.38; 12, 33; Mc 10, 21) y citada repetidas veces en las epístolas de san Pablo (Rom 12, 8; 1 Cor 16, 1-3; 2 Cor 8, 3-15; 9, 8; Gal 2, 10) y en los Hechos de los Apóstoles (Hch 3, 26; 4, 35; 10, 2.4; 20, 35), consiste en compartir los propios bienes¹⁶, en dar lo superfluo a quienes lo necesitan (cf. Lc 3, 11; 2 Cor 8, 13-15)¹⁷, y hasta lo necesario a quienes carecen de ello (cf. Mc 12, 43-44)¹⁸. Se opone directamente a la filargiria, que se propone, por el contrario, conservar estas riquezas y, *a fortiori*, a la pleonexía, que no pretende sino apropiarse de nuevos bienes. De modo que aparece como el remedio por excelencia de estas dos enfermedades del alma. «El médico de nuestras almas es Cristo, que lo sabe todo y da a cada pasión el remedio adecuado...: la limosna contra la filargiria», escribe san Doroteo de Gaza¹⁹. Sin embargo, este remedio resulta especialmente apropiado para aquellos que, al vivir en el mundo, poseen algo, y no concierne en su sentido primero al monje, que realiza la no posesión en sentido estricto²⁰ y que dispone como remedio, ya hemos visto, de

15. Abba Isaías, *Asceticon*, 16. Cf. Juan Clímaco, *Escala*, XVI, 3; Máximo el Confesor, *Centurias sobre la caridad*, I, 72; II, 3; Evagrio Pónico, *Tratado práctico*, 18.

16. Cf. Juan Crisóstomo, *Homilias*: «Porque tenemos un mismo espíritu de fe», II, 9; *Comentario a san Mateo*, XLV, 2; LIII, 2.

17. Cf. Isaac de Nínive, *Discursos ascéticos*, 33; Juan Crisóstomo, *Homilia sobre este texto*: «Tiene que haber divisiones», 9; *Homilias sobre la Epístola a los hebreos*, I, 4; XXVIII, 4.

18. El que da de lo necesario está naturalmente más próximo a la perfección de esta virtud que el que da de lo superfluo y, *a fortiori*, del que no da más que una parte de lo superfluo. El que da de lo necesario practica, dice san Juan Crisóstomo, «la gran misericordia» (*Comentario a san Juan*, LX, 4).

19. Doroteo de Gaza, *Instrucciones espirituales*, XI, 113.

20. Cf., por ejemplo, Isaac de Nínive, *Discursos ascéticos*, 33.

la pobreza voluntaria. La limosna sigue siendo para él un deber en un segundo sentido: el de distribuir la palabra de Dios y los bienes espirituales que él recibe en su estado²¹.

Hay que señalar además que la palabra griega ἐλεημοσύνη no significa solo «limosna», sino también «piedad», «compasión». Dicho de otra manera, implica en cualquier caso un compartir espiritual a la vez que un compartir bienes materiales, y no consiste solo en un acto o en una serie de actos (los Padres insisten en la necesidad de practicarla regularmente, todos los días²²), sino en una disposición interior permanente característica de toda virtud. Esta disposición que acompaña al don se muestra más importante que el don mismo. Por eso Cristo recomienda: «Dad de limosna lo que está en vuestro interior» (Lc 11, 41), y esta disposición es la que decide finalmente acerca del valor espiritual del don y define el provecho que el hombre obtiene de él. Pues, como subrayan los Padres, la finalidad de la limosna no es únicamente ayudar al pobre, sino también y principalmente en el bien espiritual, en la formación y la transformación espirituales de aquel que da. San Juan Crisóstomo llega a decir: «Dios ha ordenado la limosna no tanto para el alivio de la indigencia cuanto para que aproveche a quienes la realizan»²³. El que da obtiene además del don un beneficio mucho mayor que el que lo recibe²⁴, lo cual señala el mismo san Pablo cuando dice: «Hay más felicidad en dar que en recibir» (Hch 20, 35). En efecto, el don, para quien lo recibe, posee un valor esencialmente material y desaparece una vez consumido, mientras que para el donante es una fuente de bienes espirituales imperecederos. Por eso san Juan Crisóstomo no cesa de repetir, para impresionar a su auditorio, que quien da limosna presta en realidad a interés y obtiene inmensos beneficios. Esto concuerda con la enseñanza de Cristo mismo: «Que tu limosna se haga en secreto; y tu Padre que ve en lo secreto te lo recompensará» (Mt 6, 4); «vende lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo» (Mt 19, 21); y con la de san Pablo: que los ricos «sepan compartir, de esta manera amasan para ellos un sólido capital» (1 Tim 6, 18).

El valor de la limosna no estriba en su cantidad material. En este sentido, solo se requiere que guarde proporción con los medios de quien

21. Cf. *ibid.*, 23; Máximo el Confesor, *Centurias sobre la caridad*, I, 26; Doroteo de Gaza, *Instrucciones espirituales*, XIV, 157; 158; Simeón el Nuevo Teólogo, *Catequesis*, XXXI, 74-88.

22. Cf. Juan Crisóstomo, *Homilias*: «Porque tenemos un mismo espíritu de fe», III, 12. Este Padre equipara la limosna con el aceite de las vírgenes prudentes de la parábola (cf. *ibid.*; *Comentario a san Mateo*, L, 4; *Comentario a san Juan*, XXIII, 3; LX, 4).

23. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la limosna*, IV. Cf., *Homilias sobre 1 Corintios*, XXI, 6; *Homilias sobre la Epístola a los romanos*, XIX, 7.

24. Cf. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la limosna*, V.

la da (cf. 2 Cor 8, 3.11; Mc 12, 43-44)²⁵. San Juan Crisóstomo tranquiliza a los que tienen pocos medios, subrayando que Dios considera ante todo la buena voluntad que manifiestan y la pureza de su intención²⁶. Y esto sigue siendo fundamental en todos los casos, pues una de las principales finalidades de la limosna es, repitámoslo, la curación y el desarrollo espirituales del que da, como subraya claramente san Juan Crisóstomo dirigiéndose a todos: el Señor «no solo considera la acción, sino que discierne la voluntad»; cuando dice: «Tened cuidado de no dar vuestra limosna delante de los hombres para que ellos os vean» (Mt 6, 1), asegura que «lo que juzgará no es solo la acción externa, sino la intención secreta»; lo que pide es «la rectitud de la voluntad y la pureza de la intención. Pues Dios quiere curar vuestra alma por medio de la limosna y librarla de sus enfermedades». De modo que –afirma este mismo santo– «la virtud de la limosna no consiste solo en dar, sino en dar de la manera y con el fin que Dios nos manda»²⁷.

Para que tenga un valor espiritual, la limosna debe hacerse de forma desinteresada, es decir, que el donante no debe esperar de ella beneficio de ninguna clase, sobre todo el que se deriva de la autosatisfacción. «Habéis recibido gratuitamente, dad gratuitamente», recomienda Cristo (Mt 10, 8), que pone en guardia además en repetidas ocasiones contra la vanagloria que se une fácilmente a la práctica de la limosna: «Cuando des limosna, no toques la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas... para ser glorificados por los hombres. Cuando tú hagas limosna, que tu mano izquierda no sepa lo que hace tu derecha, para que tu limosna se haga en secreto» (Mt 6, 2-4; cf. Lc 18, 12).

Por otro lado, el que da debe hacerlo con liberalidad, sin reticencias tanto respecto a los bienes de los que se desprende como respecto a la calidad de aquel a quien se los da; solo así hay verdadera limosna, dice Juan Crisóstomo²⁸. En este sentido, el apóstol aconseja dar «sin calcular» (Rom 12, 8), «sin tristeza ni obligación» (2 Cor 9, 7), «de buena gana» (1 Tim 6, 17-18; Col 3, 23) y «con alegría» (2 Cor 9, 7)²⁹. Dar

25. Cf. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre los Hechos de los apóstoles*, XXI, 5; *Homilias sobre la Epístola a los romanos*, XIX, 7; *Homilias sobre la Epístola a los colosenses*, I, 6; *Homilias sobre la Epístola a los hebreos*, I, 4.

26. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la Epístola a los hebreos*, I, 4; *Homilias contra los anomeos*, VIII, 2; *Homilias sobre el Génesis*, LV, 4; *Homilias sobre los Hechos de los apóstoles*, XXI, 5.

27. Juan Crisóstomo, *Comentario a san Mateo*, XIX, 1.

28. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre 2 Corintios*, XVI, 4.

29. Juan Crisóstomo afirma que si Dios, al recomendar la limosna, no hubiera tenido en cuenta más que el alivio de los pobres, se habría limitado a recomendar que se diera, sin pedir que se hiciera con alegría, y que este añadido testimonia con evidencia que a Él le importa también en la limosna el estado espiritual de quien da; cf. *Homilias sobre la limosna*, IV.



con alegría es tan importante que Juan Crisóstomo llega a decir que aquí radica «la naturaleza de la limosna»; la limosna –hace notar– «no es el don, es la diligencia y la alegría de dar». Esta alegría atestigua, en efecto, que la limosna procede realmente de un espíritu de caridad; es –dice– «la alegría de la caridad que se derrama»³⁰.

La limosna no tiene valor espiritual sino como forma y manifestación de la caridad, en la medida en que consiste en compartir y dar por amor a Dios y al prójimo, pues los dos están indisolublemente ligados. El amor a Dios, en efecto, funda el amor al prójimo y constituye su fin último. Así, san Juan Crisóstomo escribe a propósito de la limosna: «Hay que tener amor a Dios, y que sea este el que siempre nos mueva a actuar»³¹. A la inversa, el amor al prójimo y la limosna que lo manifiesta son la condición del amor a Dios, como dice san Juan: «Si uno dice: ‘Amo a Dios’, y odia a su hermano, es un mentiroso; pues el que no ama a su hermano al que ve, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ve?» (1 Jn 4, 20), y: «Si alguno posee bienes del mundo y, viendo que su hermano pasa necesidad, le cierra las entrañas, ¿cómo puede permanecer en él el amor de Dios?» (1 Jn 3, 17). Dado que el hombre ha sido creado a imagen de Dios, es hijo de Dios y hermano de Cristo por adopción y está destinado a llegar a ser Dios por gracia, todo lo que se hace al prójimo se le hace a Dios, y todo lo que se hace contra el prójimo afecta a Dios, como enseña Cristo evocando los actos de misericordia a favor del prójimo: «En verdad os digo, cada vez que hicisteis estas cosas a uno de estos mis hermanos más pequeños, a mí me lo hicisteis... Cada vez que no hicisteis estas cosas a uno de estos más pequeños, no me las hicisteis a mí» (Mt 25, 34-46). Así que la limosna supone la conciencia de dar a Dios mismo³² a la vez que al prójimo. Juan Crisóstomo llega a sostener: «No hay diferencia entre dar a un pobre o a Jesús», y precisa: «Por tanto, cuando des limosna a un pobre, dásela como a Jesucristo»³³.

Como expresión de la caridad, la limosna supone igualmente la conciencia y el sentimiento de la unicidad de la naturaleza humana, de la igualdad fundamental y de la solidaridad de todos los hombres, que comparten la misma naturaleza³⁴. Por eso san Doroteo de Gaza enseña

30. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la limosna*, IV; *Homilias sobre la Epístola a los filipenses*, I, 4; *Homilias sobre el Génesis*, LV, 4.

31. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la Epístola a los hebreos*, I, 4. Cf. *Homilias sobre el Génesis*, XXXI, 7.

32. Cf., por ejemplo, Juan Crisóstomo, *Comentario a san Mateo*, L, 4, donde comenta las palabras de Cristo «A los pobres siempre los tenéis con vosotros, pero a mí no siempre me tenéis» (Mt 26, 11): «Debemos poner un cuidado especial en dar limosna a Jesucristo [haciéndosela al prójimo], porque no lo vamos a tener siempre en calidad de pobre, sino solo en esta vida».

33. Juan Crisóstomo, *Comentario a san Mateo*, LXXXVIII, 3.

34. Cf. en particular Gregorio Magno, *Morales sobre Job*, XXI, 16-19.

que «debemos dar limosna... teniendo compasión unos de otros como de nuestros propios miembros»³⁵. Por esta razón, la limosna debe darse indistintamente a cualquiera que la necesite o sencillamente que la pida, con independencia de toda consideración de calidad, dignidad o mérito³⁶. «Da a quien te pida», prescribe Cristo (Lc 6, 30; cf. Mt 5, 42). Obrando así, el hombre cumple la voluntad de Dios, se hace semejante a Él en la forma de actuar y de ser, y se vuelve verdaderamente hijo de su Padre que está en los cielos, que «hace salir su sol sobre los justos y los injustos» (Mt 5, 45). «Aquel que, al dar limosna, quiera imitar a Dios, que no haga diferencias entre hombre bueno y malo, honrado o deshonesto, desde el momento en que pasan necesidad. Da igualmente a todos, a cada uno según sus necesidades», escribe san Máximo³⁷.

La no posesión y la limosna aparecen como remedios, no solo para la filargiria y la pleonexía, sino para todos los males que estas dos pasiones engendran. Hemos visto que uno de sus efectos es perturbar el alma permanentemente, hacer que sea presa de multitud de preocupaciones, de inquietudes y de tormentos, ponerla en un estado constante de miedo, de ansiedad y de angustia. Su curación pone fin a este estado patológico. «Quien ha vencido esta pasión [de la filargiria] ha cortado la raíz de todas las inquietudes y las perturbaciones del espíritu», escribe san Juan Clímaco; la no posesión, en particular, pone fin a la perturbación interior y pone al alma en paz; es «una liberación de todas las preocupaciones de la vida»³⁸. «Nada como la pobreza voluntaria para serenar el espíritu», apunta por su parte san Isaac el Sirio³⁹.

Al librar al hombre de las preocupaciones ligadas inevitablemente a toda posesión, lo libra radicalmente de su alienación en los bienes de este mundo y le permite ocuparse exclusivamente de Dios y estar plenamente disponible para Él. Al apartarlo de los bienes sensibles, le permite apegarse a los bienes espirituales, conforme a la finalidad de su naturaleza. Cristo mismo presenta el empobrecimiento voluntario como el camino de la perfección que emprenden quienes quieren seguirlo verdaderamente, es decir, unirse de inmediato plenamente a Él: «Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres... Luego ven y sígueme» (Mt 19, 21).

35. Doroteo de Gaza, *Instrucciones espirituales*, XIV, 157.

36. Cf. Isaac de Nínive, *Discursos ascéticos*, 23; Juan Crisóstomo, *Homilias*: «Porque tenemos un mismo espíritu de fe», II, 7; *Homilias sobre la Epístola a los romanos*, XIV, 9.

37. Máximo el Confesor, *Centurias sobre la caridad*, I, 24.

38. Juan Clímaco, *Escala*, XVI, 7 (cf. 24); 13; 11. Cf. Juan Crisóstomo, *Tratado de la virginidad*, 69; *Apotegmas*, PA ap. 4.

39. Isaac de Nínive, *Discursos ascéticos*, 23.

En cuanto a la limosna, san Juan Crisóstomo la presenta en numerosas ocasiones como un «remedio» poderoso que permite recobrar «la verdadera salud»⁴⁰. «Dios –dice él– quiere curar vuestra alma mediante la limosna y liberarla de sus enfermedades»⁴¹. «Guardémonos –dice también– de desdeñar... este remedio para nuestras heridas. He aquí, en efecto, el remedio saludable por excelencia, que hará desaparecer las úlceras de nuestras almas, hasta los vestigios de todas las cicatrices»; «¿Comprendéis la importancia de este remedio?, pues apliquémoslo a nosotros mismos». Y presenta, por consiguiente, a los pobres como «los médicos de nuestras almas», diciendo en especial: «ellos son los médicos de vuestras heridas, y las manos que os tienden son los remedios que os ofrecen. La mano que el médico extiende hacia el enfermo, los remedios que le presenta no le curan tanto como el pobre hace desaparecer vuestros males extendiendo la mano hacia vosotros y recibiendo vuestra limosna». Hay que señalar que la limosna, aunque sea junto con la no posesión el remedio específico de la filargiria y de la pleonexía, contribuye igualmente a liberar al hombre de sus otras enfermedades espirituales. Ella es –dice san Juan Crisóstomo– uno de «esos remedios [por los cuales] haremos morir todas estas pasiones que envenenan nuestra alma»⁴².

La limosna, igual que la no posesión, libra al hombre de su alienación en el dinero y las riquezas de este mundo. Le permite así volver a tener una actitud normal frente a ellos, dejar de gozar de ellos de un modo egoísta para volver a ser el intendente de los bienes dados por Dios a todos los hombres; dicho con otras palabras, para redistribuir lo que él ha recibido de Dios (cf. Mt 10, 8) con este fin⁴³.

Por otra parte, cura al hombre de todas las actitudes patológicas que la filargiria y la pleonexía engendraban en el ámbito de sus relaciones con los demás. Lo libra sobre todo de su insensibilidad, ya que una de las finalidades que Dios confiere a la limosna es la de «enseñarnos a compadecernos de los males del prójimo»⁴⁴. Lo libra también de las distintas formas de agresividad generadas por estas dos pasiones; es

40. Cf. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre el Génesis*, LV, 4; *Homilias sobre los demonios*, II, 6; *Homilias: «Porque tenemos un mismo espíritu de fe»*, I, 8; *Comentario a san Mateo*, LXXVII, 5; *Comentario a san Juan*, LXXXI, 3; *Homilias sobre la Epístola a los filipenses*, I, 4; *Homilias sobre la Epístola a Tito*, VI, 3.

41. Juan Crisóstomo, *Comentario a san Mateo*, XIX, 1.

42. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre el Génesis*, LV, 3; 4; *Homilias: «Porque tenemos un mismo espíritu de fe»*, III, 11; *Homilias sobre 1 Timoteo*, XIV, 2; *Comentario a san Mateo*, IV, 9.

43. Cf. Basilio de Cesarea, *Homilias contra los ricos*, VII, 3; Juan Crisóstomo, *Homilias sobre Lázaro*, II, 4-5.

44. Juan Crisóstomo, *Comentario a san Mateo*, XIX, 7. Cf. Isaac de Nínive, *Discursos ascéticos*, 79; Gregorio Magno, *Morales sobre Job*, XXI, 16-19.

—apunta san Máximo— «el tratamiento de la ira»⁴⁵. Practicada con humildad, elimina todo desprecio por el prójimo e implica, por el contrario, el respeto⁴⁶. Restablece el vínculo de la caridad entre el hombre y sus semejantes, contribuyendo a acabar con la división de la naturaleza humana provocada por las pasiones, y a restituirla a su unidad inicial. Recordemos al respecto este pasaje de los Hechos de los apóstoles: «La multitud de los que habían creído tenían un solo corazón y una sola alma. Nadie decía que sus bienes le pertenecieran en propiedad, sino que tenían todo en común» (Hch 4, 32). Y san Juan Crisóstomo comenta: «Mirad qué útil es la limosna... enseguida las almas se unen»; «ella es quien reúne en un solo cuerpo a los miembros de Jesucristo»⁴⁷.

Constituye también uno de los principales remedios contra la tristeza⁴⁸, en tanto en cuanto esta suele ser fruto de la filargiria y la pleonexia.

Otro de sus efectos fundamentales es permitir al hombre recibir de Dios el perdón de sus faltas y ser purificado en su alma, como subrayan los Padres⁴⁹ siguiendo al Sirácida —«la limosna expía los pecados» (Eclo 3, 30)—, y al profeta Daniel —«Rescata tus pecados por medio de las limosnas, y tus iniquidades por medio de las obras de misericordia con los pobres» (Dan 4, 24)—. «No hay pecado que la limosna no pueda purificar y no pueda destruir. Ella está por encima de cualquier pecado y es el remedio soberano contra todas las heridas», enseña san Juan Crisóstomo, que añade: «es el remedio de nuestras faltas, la que lava las manchas de nuestra alma»⁵⁰.

San Juan Crisóstomo considera además que la limosna es compañera necesaria de la penitencia, y tiene la propiedad de hacerla más fructífera: «La limosna hace que el remedio de la penitencia produzca su pleno y entero efecto. Los remedios que los médicos mandan se componen a menudo de ciertas plantas, entre las cuales hay una más saludable que las otras. Lo mismo ocurre con el remedio de la penitencia. De los ingredientes que la componen, se encuentra una planta más eficaz que todas las demás y que lo es todo. Esta planta se llama limosna»⁵¹.

45. Máximo el Confesor, *Centurias sobre la caridad*, I, 29. Cf. Juan Climaco, *Escala*, XVI, 22.

46. Cf. Gregorio Magno, *Morales sobre Job*, XXI, 16-19.

47. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la Epístola a Tito*, VI, 3.

48. Cf. Juan Climaco, *Escala*, XVI, 11.

49. Cf. Doroteo de Gaza, *Instrucciones espirituales*, XIV, 156; Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la penitencia*, III, 1; *Catequesis bautismales*, VII, 27; *Homilias*: «Porque tenemos un mismo espíritu de fe», I, 9; III, 12; *Homilias sobre el Génesis*, XXXI, 7; LV, 4; *Comentario a san Mateo*, LXXVII, 5; *Comentario a san Juan*, LXXXI, 3.

50. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre los Hechos de los apóstoles*, XXV, 3; *Homilias sobre la Epístola a Tito*, VI, 3 (cf. VI, 2).

51. Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la Epístola a los hebreos*, IX, 4. Cf. Id., *Homilias sobre la penitencia*, VII, 6.

Por este y otros motivos, la limosna produce además el efecto de favorecer la oración y de contribuir a hacerla pura y fecunda⁵². En general, nutre, fortalece e ilumina el alma, y es para ella una fuente de alegría espiritual⁵³.

Mientras que «la no posesión fortalece la humildad», la limosna desarrolla la humildad de la que es fruto⁵⁴.

Practicando la limosna, el hombre imita a Dios, muestra cabalmente ser su hijo adoptivo⁵⁵ y se equipara con Él. «Esta virtud imita especialmente a Dios; es característica de Dios, que ha dicho: ‘Sed misericordiosos como vuestro Padre celestial es misericordioso’» (Lc 6, 36), enseña Doroteo de Gaza. Juan Crisóstomo dice asimismo: «No hay como la limosna y la misericordia para hacernos semejantes a Dios». Al realizar de este modo la finalidad de su naturaleza, el hombre, al que la filargiria y la pleonexía habían vuelto inhumano y similar a un animal salvaje, se vuelve de nuevo un ser humano: «La limosna es un gran bien... y, cuando la practicamos, nos hace semejantes a Dios todo lo que es posible, pues ella es sobre todo lo que constituye al hombre», sigue diciendo; y señala también: «No os extrañéis de que lo propio del hombre sea ser caritativo, pues es lo propio de Dios»⁵⁶.

52. Cf. Juan Clímaco, *Escala*, XVI, 14; Juan Crisóstomo, *Comentario al salmo 140*, 5; *Homilias sobre 2 Timoteo*, VI, 3.

53. Cf. Juan Crisóstomo, *Comentario a san Juan*, XXIV, 3; XL, 4; LXXXI, 3.

54. Juan Clímaco, *Escala*, XXV, 64 (cf. 65). Cf. Isaías de Escete, *Discursos ascéticos*, 16; 55.

55. Cf. Máximo el Confesor, *Centurias sobre la caridad*, I, 24; Juan Crisóstomo, *Homilias sobre la Epístola a los filipenses*, Prefacio, 3.

56. Doroteo de Gaza, *Instrucciones espirituales*, XIV, 156; Juan Crisóstomo, *Homilias sobre 2 Timoteo*, VI, 3; *Homilias sobre 2 Corintios*, XVI, 4; *Comentario a san Mateo*, LIII, 5.